

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	45 reales
tracion.	
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.	

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIAS.

Muchos suscritores nos preguntan si se aumentará el precio de la suscripcion á GIL BLAS, cuando vuelva á ser político.

Para contestar de una vez á todos, debemos decirles que ignoramos las variaciones que el tiempo y las circunstancias puedan introducir en la publicacion; pero cualesquiera que sean, podemos asegurar á los suscritores del GIL BLAS literario que para ellos no habrá alteracion alguna en el precio.

Tambien advertimos á los vendedores de provincias, que nos piden ejemplares del núm. 1.º, que no podemos servirles por haberse agotado completamente la edicion destinada á la venta, á pesar del extraordinario aumento de la tirada.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

¡El casero!

¿Qué tiene de particular esta palabra?

He visto á la orden del día toda clase de cuestiones.

He visto á Madrid entero preocupado de un asunto.

Al día siguiente, todo hijo de vecino á vuelta la espalda á lo que tanto le llamaba la atencion el día antes.

Todo pasa..... ¡menos el casero!

¡Inverosímil tío!

Como dice *El Grumete*. Bajo el punto de vista del casero, que es á vista de pájaro, puede considerarse á Madrid dividido en tres clases:

- 1.ª La que tiene casa.
- 2.ª La que la paga.
- 3.ª La que vive en la calle.

Cualquiera creeria de buena fé que casero es el hombre capaz de hacer una casa.

¡Ah, no! Casero es el que cobra la casa de Vd., la mia y la del vecino.

¡Cuántas veces yo mismo, en el colmo del orgullo he tenido la ridícula vanidad de decir á un amigo: esta casa es de Vd.!

Ofrecer mi casa, es decir, la casa de mi casero, me parece uno de esos delitos definidos por el Código y autorizados por la costumbre.

Nace Vd., y en cuanto empieza á formarse idea de cómo está arreglado este mundo, le dice el autor de sus dias:

—Mira, chiquito, esta es la casa de D. Fulano, aquella de enfrente la de D. Zutano, la de la esquina de don Perengano.....

—¿Y la mia? exclama Vd. con natural curiosidad.

—La tuya te cuesta veinticinco duros al mes.

Despues de todo, y por más que esto sea una broma, hay una notable desigualdad entre la propiedad casera y la propiedad literaria.

Todo artículo de primera necesidad parece como que debiera entrar más pronto en el comun aprovechamiento.

Pues no señor, esto se reserva para la propiedad literaria.

Por ejemplo, sea Vd. hijo de Cervantes: herede Vd. de su papá un *D. Quijote*, honra y prez de la patria. A los cuarenta años de morir su padre, todo el mundo tiene derecho á la propiedad que Vd. heredó; y sin embargo, usted sigue pagando al casero despues de haberle pagado tambien su padre y su abuelo.

Pero vengamos al casero del día, al ente que tiene sobre Vd. derecho de abrigo y desabrigo, que le impone condiciones, y á quien Vd. desea agradar para que la fiera no enseñe el colmillo.

Nosotros los consumidores y los consumidos de la Cór-

te, los que tenemos la inexperiencia de pagar el café con leche á trece cuartos, y encima damos propina para que el dueño del establecimiento se ahorre el sueldo del mozo; nosotros, ¿estaremos condenados á perpétuo casero?

¡No, una voz de lo alto me grita dentro del pecho que no!

Vendrá un día, y no está muy lejano, en que veamos tantos cuartos desalquilados como para mi deseo.

Bajarán de precio, y nadie los querrá.

Darán una prima al que los tome, y les volveremos la espalda.

Se llevarán al martillo, se sacarán á pública subasta, y ni por esas.

¿A qué deberemos este inapreciable bienestar?

A la abundancia de casas, al ensanche de Madrid, á las pulmonías, y á las novelas de cuatro cuartos la entrega. Las dos primeras, porque aumentarán las habitaciones; las segundas, porque disminuirán el número de inquilinos.

Y cuando llegue ese día, leeremos en el *Diario de Avisos* anuncios como estos:

«Se necesita un matrimonio para un piso principal de la calle de Carretas. Se le dará servicio de mesa, luz de gas y agua del Lozoya. Las personas que estén en actitud de habitarlo, se servirán avisar al casero, el cual se personará en su casa para ofrecerles sus respetos y tratar del precio, que no escederá de tres pesetas al mes.»

«Se cede gratis un sotabanco en la Puerta del Sol. Se advierte que no se pide cédula de vecindad.»

«El que quiera una buena ganga puede acudir al barrio de Pozas, donde por ocho cuartos al día se le alquila casa con jardin y coche para venir al centro de Madrid.»

«¡Propio para una modista! Un cuarto en la calle de Alcalá con dos entradas.»

«A todo el que se suscriba al periódico *La Gaceta de los caseros*, se le cederá gratis por un año una cochera en la calle de las Torres.»

«Seguros de inquilinos. Esta acreditada sociedad asegura la preciosa existencia de los que paguen el cuarto, contra toda clase de epidemias, inclusive la de cocheros de plaza.»

Estos anuncios darán á Vds. la medida del brillante porvenir que nos espera á los inquilinos.

Por mi parte, prometo desde ahora concurrir con mi óbolo á socorrer la desgracia de cualquier infeliz casero.

Porque espero ver en los teatros de la corte un cartel que diga:

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

FUNCION ORDINARIA

A BENEFICIO

DE UN CASERO CON HIJOS.

(Habrá bandeja).

Luis Rivera.

LA INCÓGNITA DESPEJADÍSIMA.

I.

Un día, paseando por la calle de Barcelona, ví junto á un portal un papel blanco, cuadrado, con algunas palabras escritas en mala letra, pero bastante gorda para que yo pudiera verla sin anteojos.

Siempre he sido curioso. ¿Es esto un defecto ó una desgracia? Llamémoslo inconveniencia.

Aquel papel parecia una carta; me agaché, lo cogí, y en efecto, una carta era.

Decia el sobre:

Para D. L. Lopez.

Me alegré de que el nombre estuviera sustituido por la inicial y de que el apellido fuera tan vulgarote. ¡Apenas hay Lopez en España!—Dije yo.—No peco leyendo esta carta. ¡Adelante!

Rompí el sobre y leí:

«Caballero: Mi conducta le parecerá á Vd. extraña, pero al escribirle á Vd. confío en su nunca desmentida caballerosidad, y sé que sabrá guardar eternamente el secreto de esta carta. No hace muchas noches le oí á usted declamar la magnífica escena de *El Zapatero y el Rey*, y... (*Aquí habia cuatro ó cinco palabras tachadas con el dedo.*) Si es Vd. caballero, y sabe no comprometer á una señora, acuda esta noche, á las diez y media, al paseo del Botánico. Un coche parado, y un pañuelo blanco que una mano hará ondular en la ventanilla, le indicarán el sitio donde le esperan. Silencio y puntualidad.»

II.

Me quedé estático, pálido, tembloroso y apabullado. ¡Ah! dije por fin.

Y me puse á pensar. De pálido que estaba me puse lívido.

Capítulo tercero.

Pues señor, cogí ¿y qué hice? me decidí á presentarme aquella noche en el paseo del Botánico.

Lo grave consistia en que me armaran un escándalo, caso de ser descubierto.

Entrando de golpe y porrazo en el coche, y no hablando una palabra siquiera en mucho rato, podria aprovechar el tiempo... oyendo hablar á la jóven apreciable que se estralimitaba á escribir cartas del tenor antecedente.

Yo tenia un dato. El Lopez de la carta debia ser un actor.

Un actor que hacia muy bien *El Zapatero y el Rey*, y especialmente una escena.

Y yo me volvía loco pensando un nombre, porque como no conozco ningun actor que reuna dichas condiciones...

¡Qué demonios! dije. Iré esta noche, y así como así, ciertos actores tienen diferente metal de voz en la calle que en el teatro; por ejemplo, los que *ladran* en la escena y *hablan* en la calle.

Mi habilidad estriba en que la enamorada jóven no me vea la cara.

Esto pensé, y en estas y las otras, no me sorprendió la noche, porque estoy muy acostumbrado á verla, y á mí no me sorprende nadie, pero la noche se entró de rondon en Madrid, y mi corazon comenzó á bofetadas con mi sangre fria, hasta que la puso ardorosa y echando fuego.

Me hacia el corazon.—¡Pin, tin, tan; pin, tin, tan; pin, tin, tan!!

Dieron las diez. Me fuí del café sin pagar, olvidándome de todo. ¡Oh!

Capítulo número 4.

El paseo estaba oscuro, pero no solitario.

Apenas llegué al sitio de la cita, ví el coche parado.

Me acerqué; cuando estaba á doce pasos ya ví agitarse el pañuelo.

Estuve por gritar como Otello:

¡Ah, il mio fazzoletto!

Me subí el cuello del gaban, me metí el sombrero

hasta las cejas; la portezuela del coche acababa de abrirse..... ¡cataplan! me zampé dentro.

Me cogieron una mano.

¡Ay! no me atrevo á continuar.

V.

Senti una emocion tan grata cuando aquella mano suave y delicada apretó la mia, que estornudé tres veces y se me cayó el sombrero.

—¡Chiiisss! me dijeron.

No me podian haber dicho nada que más me conviniera. Me mandaban callar; era lo mismo que autorizar la suplantacion que yo estaba haciendo.

El carruaje empezó á andar. La tapada misteriosa continuaba diciendo.—¡Chiiisss!

Lectora, no te alarmes; pero sabe que le administré cinco besos seguidos en la mano, de aquellos que parecen por el ruido el ramillete de los cincuenta voladores con que se acaban los fuegos artificiales.

El coche se detuvo.

—Bajemos, me dijo en voz muy baja la ciudadana inofensiva.

Y bajamos.

VI.

Aquí comienza una historia terrible. Su recuerdo me dá calambres.

Aquella mujer que llevaba el rostro cubierto con un velo; aquella mujer que olia á patchuli de una manera insultante; aquella mujer que se habia honrado con cinco besos de tres puentes; aquella mujer entusiasta del arte y de los artistas..... se dirigió á la esquina de la calle de Atocha, llevándose por la mano siempre, y me puso entre dos inspectores de policia.

—¡Qué es esto! grité.

—¡Aquí está este tunante! dijo ella.

—¡Siganos Vd.! me dijo uno de los inspectores.

—¡Silencio! me dijo el otro.

—¡Me he lucido! dije yo.

Y sin que me valiera el gritar, ni el buscar una salida, entré en el cajon como un caballero.

Epilogo.

¿Quieres saber, lector amigo, cómo salí á la calle?

Merced á mis amigos y á las pruebas que di de no llamarme L. Lopez.

¿Y sabes lo que significaba todo aquello?

Que una tal doña Robustiana, patrona de huéspedes, no pudiendo atrapar de ningun modo á un tal Lopez, huésped que fué suyo, y aun dicen que amante por espacio de dos años (en los cuales nunca se acordó de pagar), apeló al ingenioso medio de escribirle la carta que ya conoces á los dos dias de haberle visto en un teatro de aficionados, mascullando los versos del drama de Zorrilla.

Eusebio Blasco.

LO QUE ES EL ARTE.

Roto y mugriento el gaban, seco y encorvado el talle, tal iba ayer por la calle uno á quien llaman galan. Pasé yo, bajó la vista, y con dolorido acento me dijo: «¡soy un artista! socorra usted al talento.»

Jóven y de aspecto franco, yo he conocido un señor del cual dicen era autor... de unos billetes de Banco. Perdile en Madrid la pista y en Ceuta luego le vi; sus compañeros de allí le llamaban el artista.

Una carta he recibido en que, entre dulce y severo, me pide un sastre dinero porque el arte está perdido. Y hasta sé de un aguador que á Astúrias volver desea

porque el arte en que se emplea no le parece el mejor.

A una mujer pretendí en mis años juveniles, porque sus gracias á miles obra del arte creí. Color de acelga tenia, con verdes ojos miraba, como una cotorra hablaba, como un cesante comia. Negras y unidas sus cejas bajaban en arco bello, desde el rizado cabello á las salientes orejas: y sus labios al reir dejaban ver al profano, el teclado de un piano tras diez años de servir. Hoy me suelo preguntar: ¿por qué amé yo aquella harpía? La amé porque poseia el arte de enamorar.

Hay quien novelas escribe á céntimo por renglon, por hacerse la ilusion de que con el arte vive. Y quien trabajar no quiere y en el Prado hace la cama, solo por ganar la fama de que por el arte muere. Y el arte lleno de fé las almas sigue inflamando sin saber dónde, ni cuándo, ni cómo, ni para qué.

Dios que sus dones reparte sacó de la misma cuna una deidad, la fortuna, y un entrometido, el arte. ¿Quién sus honores pretende? ¿Quién más amor le denotó, si el que le estudia, le explota, y el que le estima, le vende?

Por eso yo alguna vez que le invoco, por milagro, esta oracion le consagro modelo de sencillez: —Arte: de tu luz el brillo préstame de cualquier modo, ya que te aplicas á todo como el ungüento amarillo. Y piensa que en mi sentir, aquí, como en todas partes, el más bello de los artes es el arte de vivir.

M. del Palacio.

LA VUELTA DE LOS BAÑISTAS.

El cuadro es de los más animados. En el mes de octubre cruzan ya por esas calles infinidad de personas que acaban de llegar de todos los ángulos de la Península é islas adyacentes.

El ferro-carril del Norte me parece un mónstruo de la Mitología arrojando todos los dias sobre Madrid gente que ha ido á pasar la estacion calurosa á la frontera de Francia.

Como es natural, la empresa del camino del Norte, que desea conservar su buen crédito, redobla este mes su vigilancia,—así es que solo tenemos que lamentar una docena de siniestros.

¿Qué es esto al lado de los que pudieran ocurrir si la empresa se empeñase en seguir economizando?

¡No me quejo, sábelo el Todopoderoso!

Una empresa de ferro-carril es para mí una potencia de tres bemoles.

La guerra destroza á los hombres, pero les da honores, recompensas, pensiones.

El ferro-carril hace lo mismo, y no les da siquiera las gracias.

Salvado el inconveniente del ferro-carril, que no es de los menores, los que vuelven de su excursion veraniega comienzan á llenar los teatros y los cafés.

Ayuntamiento de Madrid

Viene la lluvia, asoma el frio las narices, y cátenos Vd. bajo el dominio del gaban.

Fotografiemos algunas escenas con ocasion de la vuelta de los bañistas á la coronada villa.

Una familia que tenia dolor de estómago.

El Sr. Ramirez y su esposa doña Úrsula llegan á su casa, calle del Olmo.

—¡Muchacha! No está la criada.

—Mujer, no te apures. Habrá ido á la compra.

—¿A las tres de la tarde?

—Si á lo ménos hubiera portería, tendríamos un sitio donde descansar..... ¡no quiero más casa sin portería! En cuanto descansen busco casa.

—¡Y con qué dinero, si con este maldito viaje nos hemos empeñado para dos años!

—Pero en cambio, consuélate, que tampoco nos hemos curado.

—¡Enviarnos á Alzola á gastar un ojo de la cara para volver una doblada como fué!

—Cálmate, ya sabes lo que dice el médico..... hasta que pase la cuarentena no notarás alivio.

—¡Ay, ay!

—¿Te vuelve el dolor?

—Sí, dame el brazo, que me caigo, que me caigo. ¡Jesus qué hombre tan torpe! ¡Y la puerta cerrada! En viniendo la criada, la despido.

—¡Quí! te pedirá la cuenta, y.....

—¡Basta, no la despido! ¡Uy, Uuuuy!

Una pollita á quien el médico mandó baños de ola.

La mamá.—Cuando te digo que no puede una salir de su casa. ¡Pero señor, qué caro está todo por ahí fuera!...

La niña.—Mamá, mire Vd. como está esto..... La pollita ha echado á perder todo.....

La mamá.—Anda, anda, pues es verdad. ¿En qué demonio se habrá ocupado la criada mientras hemos estado fuera? (Llamando á la criada.) ¡Gregoria! No me oye.

Voy á su cuarto.....

(Abre la puerta del cuarto de la criada, y se presenta un soldado de caballería).

Soldado.—Osté ma e perdoná, zeñora, yo zoy honrao.

Mamá.—¡Un coracero, socorro!

Soldado.—Miste, este uniforme responde po ezta prezoníya. Pus yo amo á Grigoria, y pues..... en cuanto me licencie..... Po otra parte..... Con que, no canzo más, y aquí estorba uno..... ¡digo yo!

(Váse el soldado y se desmaya la mamá.) La criada se despide despues de alborotar la casa diciendo:—¡Er demonio é la señora... como si cá una no tuviese su belen!

Una coqueta que fué á Biarritz.

—(A una amiga que sale á esperarla). ¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia?

—Nada de particular. Alfredo dice que debes continuar con Ramon, y Ramon que debes continuar con Alfredo.

—Es decir, que los dos.....

—Se han despedido (gracias á mis consejos).

—¡Ah! ¡Qué bien hice en tomar otro en Biarritz!

El caballero que tiene gota.

—Este es el octavo año..... ya pierdo la esperanza de mejorar..... ¡Ahora sí que estoy lucido! Esta pierna me mata. ¿Ha venido el doctor? ¡Que entre!

—¿Cómo ha ido por ese mundo?

—Vengo como fuí.

—¿Qué le ha dicho á Vd. el médico de los baños?

—Que estoy mejor.

—¡Y lo está Vd.!

—A que me lo van Vds. á hacer creer.

—Ya verá Vd. que invierno tan bueno pasa. (El enfermo sufre un fuerte ataque y entra el asistente).

—Mira, José, coge la espada, y en cuanto veas que entra un médico por esa puerta, ¡lo pasas de parte á parte!

Los que tienen principio y fin herpético.

—Yo fuí á Aguas Buenas: se come bien allí.

—Yo á la Puda: no se come mal.

—Yo tomé las inspiraciones.

—¿Con boquilla ó chorro?

—Con boquilla, señora.

—Pues el doctor Arnús me mandó á mi el chorro, por lo de la garganta, y me ha sentado bien.

ARTE DE CONOCER LAS PERSONAS POR EL SOMBRERO DE VIAJE.



Viaja por moda.



Un estudiante que va á pasar el verano.



Un padre sin hijos.



Un comerciante al por menor.



Una patrona de huespedes, con principio á 7 reales.



Un inglés que viene á estudiar las costumbres andaluzas.



El que no tiene mas que el nº 1.

Un artista.

Un hombre rico.

El que padece de la vejiga.

—¿Cómo vuelve Vd. este año, D. Gumersindo?
—Mejor, sí, mejorcito... algo me he aliviado... Hombre, las aguas de Alhama me sientan mejor que las del Norte.

—Me alegro mucho; vaya, le acompañaré á Vd. hasta su casa.

(D. Gumersindo llama. Nadie responde. Por fin abre su criado la puerta y le entrega una carta, que dice así:

«Esposo mio:

Yo no puedo condenarme, á los treinta años, á vivir con un hombre que está enfermo como tú. Me vuelvo al lado de mi familia. Dispon de tu—CONSUELO.»

El Amigo.—¡Valiente Consuelo se echó Vd. por mujer, Sr. D. Gumersindo!

Los que no se bañan.

—Yo he salido de Madrid por ver si esta chica pierde la manía de casarse con un chiquilicuatro que conoció en el liceo de Piquer.

—Yo por ver si hago conocimientos en las mesas redondas con una jamona que tenga el riñon cubierto.

—Yo estaba abrumado de deudas, y he conseguido un respiro. En efecto, durante mi ausencia, mi principal acreedor ha reventado de un atracon de sandía.

—Yo he ido por no dejar sola á mi esposa con la doncella por esos vericuetos.

—Yo porque soy rico.

—Y yo por parecerlo.

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

Cuando el otoño despoja
al árbol de su verdor,
y las hojas con furor
sobre el turbio lago arroja;

No á todas las arrebata
en su corriente crecida:
una hay que se hunde en seguida.
—¿Lo dudais? La hoja de lata.

El Cascabel nos da la triste noticia de que hemos disgustado al dueño de la casa gótica de la Carrera de San Gerónimo y al arquitecto que la ha edificado, con la broma que sobre esta casa nos permitimos en nuestro primer número.

Al mismo tiempo nos anuncia que él ha visitado la casa por dentro, y que la cree conforme con las reglas del arte. Es la primera noticia que tenemos de que El Cascabel entiende de arte.

Á todo esto no daremos más que una contestacion: el dueño de la casa es una persona muy apreciable, que merece los mayores elogios por su esplendidez; el arquitecto es un artista distinguido, que ha ejecutado con toda solidez la obra que se le ha encargado; El Cascabel encuentra que á la casa no le falta nada por dentro, puesto que tiene salones, pasillos, gabinetes, comedores, cocinas y todo lo demás que El Cascabel ha podido ver y oler; pero GIL BLAS sigue creyendo que la fachada de la casa pertenece al género gótico de confitería, por más que en la parte material honre á los que la han construido.

Después de todo, el dueño se queda con su casa; nosotros nos quedamos con nuestra opinion; El Cascabel sin ninguna, como le ha sucedido siempre; y el público se queda con la boca abierta mirando desde la acera de frente aquella sastrería con honores de catedral en el tejado; de fortaleza, en la puerta; de fonda inglesa, en el entresuelo, y de magnífico palacio en sus techos del renacimiento, en sus preciosas pinturas y en sus elegantes adornos. Si esto no es una ensalada arquitectónica, convengamos en que el Escorial es una maravilla del arte.

La otra noche se estrenó en el Circo una zarzuela del Sr. Cuevas, titulada Las bodas de Camacho.

Con esta pieza y un himno se celebraba el aniversario de Cervantes,—así decia el cartel.

Entre himno y pieza arrojaron un diluvio de versos elogiando el talento de los autores, porque han dado nueva vida á la obra de Cervantes.

Me quedé patidifuso.

Una de las quintillas dice:

Segun nos cuentan los periódicos, entre los condenados á muerte por los sucesos de Palermo se halla una monja.

He leído este anuncio en La Correspondencia de anteanoche:

«Estrella.—Se ha recibido su carta y se esperan las demás.»

Lo traslado á Gabriel Estrella, director de El Reino, por si va con él la fiesta.

Al entrar Garibaldi en Florencia ha sido tal el entusiasmo del pueblo, que hubo algunos que trataron de desenganchar los caballos del coche para ponerse en su lugar.

Garibaldi no lo consintió, creyendo con razon que los caballos son preferibles á los burros.

Un maestro de escuela muy pobre hablaba á sus discipulos de la formación de la tierra, tiritando al mismo tiempo de fric.

—¿De qué creéis que está formada la tierra? preguntaba.

—De capas, respondió uno de los chicos más instruidos.

—Sí, hijo mio, tienes razon; pero de capas tan distantes, que hay muchos vecinos en el lugar que no han llegado aun á la primera.

Problema.

Si el tamaño que tienen las sandías
llegaran á tener los cañamones,
¿qué tamaño tendrían los gorriones?

El conocido escritor á quien retratamos en la semblanza del primer número, ha querido corregir algunos perfiles de su figura en otro soneto que ha publicado La Patria.

Admitimos de buen grado las correcciones, tanto más cuanto que le estimamos de veras, y hasta le elogiáramos, á pesar de lo gordo, si no temiéramos nos adivinaran el flaco. Sirva esto para su satisfaccion interior, si es que hay algo que pueda satisfacerle interiormente.

La primera obra que se pondrá en escena en el teatro de la Zarzuela será la comedia de Tirso, titulada Lo que son mujeres.

En ella trabajan unidas Matilde y Teodora.

—Se me ha metido una idea en la cabeza, decia un literato á otro.

—Eso prueba que tu cabeza no está muy llena, respondió este.

Al Director de una Sociedad de Crédito.

César y tú sois iguales,
y así me castigue Dios

se reunen los
electores inde-
ya los bailes,
vedad.
es la misma

principio á
ndo.
reuniones
de la em-

Mucho se habla por ahí del mérito del techo que ha pintado nuestro amigo el Sr. Plá para el teatro de la Zarzuela.

Procure la empresa que el público no se pase el año mirando arriba en vez de mirar abajo.

Mercado de Madrid.

Carne, la usan las niñas en el juego de la comba.
Carnero, abunda.
Tocino, de cielo.
Jamon, si es de treinta años, me conviene.
Pan, era un dios; ya se va olvidando.
Garbanzos, para boda.
Judías, ¡á la cárcel!
Arroz, con pollos.
Cebada, ¡aprovechad la ganga!

GALERIA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 36.

Es más flaco que un héroe de sainete,
se dobla como rama de sauco,
y por saber en vano me desnucó
cómo pasa por sabio este zoquete.

Critica sin piedad al que es pobrete
y elogia al grande—propiedad de cuco;—
busca luego á su mérito un tabuco
y en la Academia de rondon se mete.

Alguna vez, intrépido le he visto
sobre un mezquino pedestal alzado
de autores varios arreglando un pisto.

De las letras vivió..... como empleado,
hay quien dice: «Fulano es hombre listo.»
¡Y es, en resumen, un autor silbado!

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1867

Artículos, versos, epigramas, caricaturas, apópsitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores de GIL BLAS y adláteres, formando un volumen elegantísimo de 64 páginas á dos columnas, con una cubierta de color dibujada á la dernier.

Este Almanaque estará á la venta dentro de muy pocos dias, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

GRATIS para los suscritores de un año á GIL BLAS.

Los corresponsales de provincia pueden hacer los pedidos con las mismas condiciones que el año próximo pasado.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.